LA MUJER EN EL DEPORTE

Mis buenas amiguitas Albina Benitez, Joaquina Antonia y Carmen Nieto, Zoita Conversa y Piluca que es un diablillo de lo más atrayente que he conocido, se ofrecen voluntariamente a asesorarme en la tarea realmente seria de hacer esta sección.

¡Claro que llevamos dos horas reunidas y no hemos conseguido ponernos de acuerdo sobre extremos verdaderamente esenciales, por la picaresca manía de hablar todas a un tiempo; pero de todos modos, su ayuda es valiosísima! Un ejemplo: Me he convencido de que no solamente se entusiasman con el deporte las muchachas de Cuenca; hay algo más: tienen todas su equipo predilecto ¡y no es el de novia precisamente! El

equipo, es... —¡me lo han dicho al oído... y únicamente en esas condiciones me atrevería a decirselo a ustedes!

Además, a juicio de todas, hay un jugador que merece el tratamiento de excelentísimo señor, ¡así como suena! ¡Vamos..., que se ha hecho el amo! Pero guardan infinitas reservas, y sobre todo, no me gusta complicar la vida de nadie..., ¡yo soy así!

Lo que dicen todas, y a coro por más señas, es que tienen verdadero interés en demostrar sus aptitudes deportistas, en el juego del tenis. Y en vista de eso, me limito por hoy a recordar a los señores culturales y atléticos, que llevamos aplaudiéndoles mucho tiempo y estamos deseosas de que se nos aplauda también...

¡Esto casi no me han dejado ponerlo mis amiguitas, y me han llamado atrevida! ¡Si no fuera por conservar su preciosa colaboración...

Angeles Fernández Zúñiga

Excursión y Turismo

Para empezar.

Si las obras de Velázquez, de Goya, de Rubens... estuviesen *almacenadas* en algún *desván*, con ser tan bellas como son no lo parecerían, ni serían tan universalmente conocidas.

Toda obra de arte necesita su marco, su ambiente; cuando una obra de este género ingresa en un Museo es cuando adquiere todo su valor.

El valor intrínseco de un cuadro o de una escultura será el mismo ya esté en un Museo o en el palacio de un prócer—los pobres no podemos albergar en nuestras casas más que algunas reproducciones litográficas de bajo precio—pero el valor extrínseco, verdad, no lo adquiere hasta que se democratiza poniéndose en contacto con el pueblo, lo educa estéticamente, crea una utilidad.

Cuenca y su provincia son una colección de joyas artísticas, naturales unas—la inmensa mayoría—y producto humano otras; mas dicha colección no constituye un Museo, no pueden ser admiradas fácilmente, con comodidad; no son democráticas, no han adquirido aún el valor educativo.

La «Ciudad encantada» es desconocida por el noventa y nueve por ciento de los habitantes, no ya de la provincia, sino de la misma capital y ello es debido a que el acceso a ella ni es cómodo ni es económico. Y lo que decimos de este monumento nacional, podemos repetirlo con referencia a la Sierra y a muchos pueblos que atesoran infinidad de bellezas.

Para salvar estos inconvenientes, en otras capitales, funcionan las Sociedades de excursiones y en ésta más que en otras, su necesidad se debe sentir con mayor intensidad cada día. Como así mismo nos está haciendo falta una Junta para el fomento del turismo y una Comisión municipal de ornato público.

No basta tener bellezas, hay—además—que *saber tenerlas* y aun aumentarlas,

Existen, en la misma población, rincones muy bellos y a su lado, restándoles belleza, detalles que deben de reformarse unos, desaparecer otros.

¿Has observado—lector—el magnífico golpe de vista que ofrece la Hoz del Júcar y la parte alta de la población al asomarte por el Arco de San Juan? ¿No? Pues merece la pena de que te molestes un momento; más... al llegar allí, pasa de prisa y tápate las narices.

¿Has pensado en la poesía que encierran la Ermita de las Angustias y sus alrededores y en cómo se podrían embellecer quitando pegotes de tapias cambiando el piso—hoy un empedrado incómodo y peligroso—sustituyendo el alumbrado actual por farolones; cubriendo las paredes de yedra, madre-selva, rosales, plantas trepadoras...

¿Has imaginado lo bien que haría el clásico paseo conquense, carretera, con un pavimento de asfalto que suprimiere el barro y el polvo—según las épocas;—con un evacuatorio subterráneo, en lugar del armatoste que hoy hace sus veces; con todas las fachadas revocadas; sin ese rascacielos tipo colmena, cuartel, fábrica... lo que quieras, menos casa de veinte duros piso, precio medio y sin las cinco posadas y las dos clínicas veterinarias que ahora tienen su asiento en la vía más importante.

Hay que conservar, y hasta aumentar, todo aquello que siendo artístico de a Cuenca el aspecto de población antigua y bella—como sucede en Toledo—pero en cambio es preciso destruir, reformar, lo que más bien que darla matiz de ciudad moderna la dá el aspecto de pueblo abandonado.

Sólo así podrá fomentarse el turismo; sólo así podrá atraerse a los forasteros.

Y si a esto agregamos la terminación de las innumerables cosas que tenemos a medio hacer, no se repetirá el caso de una linda forastera que con su garbo y gentileza ha contribuido a dar realce a nuestra pasada Semana Santa.

Iban enseñándola la población. Esto—la decían—es el Casino pero está aún sin terminar; esto otro—la señalaban—es un teatro, pero también está sin terminar, aquello es un Kiosco para los conciertos de la Banda Municipal; pero así mismo está sin terminar... A lo que *vivaracha*, desenvuelta, interrumpió: ¡Señores, aquí, en Cuenca, lo único que se termina... es el tren!

Y lo peor no es que lo digan, sino que además ¡es verdad!

Aecio Fernández.